

# ¡PIEDAD!

(Continuación)

Al aparecer en alto, clavado en el madero redentor, Jesús, pendiente de los clavos que rasgan las aberturas de sus manos y de sus pies, heridas que se agrandan con el peso de su santísimo cuerpo destrozado, levanta su cabeza que no puede reclinar sobre la cruz para evitar que se profundicen las punzantes espinas, ni sobre sus dislocados hombros, ya molidos por el peso del madero que había de ser altar de su inmolación, Jesús abre sus labios, por la sed entumecidos, y cuando parece que va a exalar el último aliento, con la mirada fija en el cielo, pronuncia estas palabras: **¡Padre mío, Piedad, Perdón.!**

.....

¡Vedle! ¡Ha expirado y la gallarda figura del Hombre-Dios pende de la cruz como trofeo de la muerte!... La primera de las siete cláusulas de su testamento fué... piedad. ¡Sí, piedad para sus verdugos, piedad para la Humanidad que había venido a redimir!...

Vosotros, los que mirais con no estudiada y — fuera de esta ocasión, — jamás sentida emoción, la Imagen del Señor de la Piedad, ¿no sentís brotar de vuestros labios, ese suavísimo efluvio del corazón? **¡Piedad!**

A. P.